



El Cachetón y la China

Renzo Antonio Seminario-Córdova*

 0000-0001-6992-5990

* Universidad Tecnológica del Perú, Perú

 <https://ror.org/0406pmf58>

Correo-e: C31499@utp.edu.pe



Recibido: 7 de abril de 2022

Aprobado: 26 de mayo de 2025

Hay que saber que no existe país sobre la tierra donde el amor

no haya convertido a los amantes en poetas

Voltaire

El año escolar transcurría sin ninguna novedad. La vida de Sebastián era monótona y rutinaria: se levantaba temprano a desayunar, iba al colegio, regresaba a casa para el almuerzo, hacía los deberes hasta la noche e iba a dormir para, al día siguiente, hacer lo mismo. Sin embargo, a sus catorce años, deseaba con vehemencia experimentar eso que, con gran interés, escuchó de sus amigos experimentados y de su hermano mayor en múltiples ocasiones: el enamoramiento.

Le decían Cachetón de cariño. A su parecer, no era muy atractivo, pero sí se consideraba un gran partido —de altura considerable, ojos cafés y cabello negro azabache, junto a un inicio de musculatura producto de constantes visitas al gimnasio— para cualquier muchacha que le diera la oportunidad de ser su enamorada. «Hoy te invitan al Carmelita, Cachetón», se decía todas las mañanas antes de ir al colegio, mientras observaba su reflejo en el espejo, alzando sus brazos y marcando sus bíceps.

El Carmelita era el colegio femenino al que, como fieras hambrientas, acudían todos los adolescentes de su casa de estudios, el Rosa de Santa María. En Sullana se les consideraba las mejores escuelas del lugar y una vieja tradición regía que todos los chicos del Rosa de Santa María debían buscar una relación amical —o sentimental, si la suerte acompañaba al afortunado— con una de



las habitantes de ese bosque de cabelleras bien recogidas con moño, perfumes florales y faldas de colegio debajo de la rodilla que era el Carmelita.

Todas las tardes, apenas culminaban las clases, del Rosa de Santa María desfilaban hordas de avezados adolescentes con destino al Carmelita, tierra que les prometía aquello que tanto deseaban: entablar conversación con alguna de esas bellezas que, según se decía, disfrutaban de los cumplidos y de hacer sufrir a esos jóvenes poniendo excusas tontas a sus invitaciones o ignorando sus insinuaciones. Pocos conseguían la ansiada victoria; la mayoría claudicaba en pleno camino con pretextos como «ya es tarde», «no tengo ganas», «mis papás me regañan si no llego a la hora». Este era el caso de Sebastián, quien debía regresar a su casa con una movilidad particular, lo que le impedía formar parte de la camaradería del Rosa de Santa María y solo podía observar desde el Nissan blanco del 98 a sus valientes compañeros, anhelando algún día conocer una chica linda del Carmelita, ser su amigo y pedirle que fuera su enamorada.

No esperaba, empero, que llegaría el día en que se rompería la rutina y marcaría un hito en su vida. Inició como de costumbre: el odioso despertador a las seis de la mañana; los gritos de su madre que le aumentaba, siempre, cuarenta y cinco minutos a la hora real; la molesta espera de su chofer personal que era, en realidad, su profesor —gran amigo de sus padres—, y el inútil viaje en auto, que fácilmente podía realizar a pie.

Al llegar a su casa de estudios, se dirigió presuroso a su salón: 4to. “A”. El examen de Física —materia que siempre se le dificultó— lo tenía preocupado, pero gracias a que se amaneció estudiando unos días antes, o tal vez al agüita de azahar para los nervios que le dio su madre en la mañana, no tuvo ningún problema e, incluso, terminó el examen antes del tiempo establecido. Un cuarto de hora después, la prueba culminó y todo el salón dejó sus carpetas y se dirigió al patio. Tenían quince minutos para descansar o hacer sus necesidades fisiológicas.

—Gente, ¿supieron que los Laigers fueron ayer al Carmelita y Manuel consiguió amiga nueva? —inició la conversación Rodrigo, Cabeza de Rata, por su corte de cabello al ras.

El grupo de los forajidos de 4to. “A” se hacía llamar Laigers. Ellos, sin falta, acudían todos los días al paraíso femenino. Manuel era el único de ese grupo que no lograba, hasta ese momento, hacerse con la victoria. Pero, por otra antigua costumbre, por un principio de camaradería, si algún miembro de un grupo conseguía el tan ansiado resultado, debía compartir a su nueva amiga con el resto de sus camaradas.

—¡No jodas! —exclamó sorprendido Cristian, el Plumífero, por su parecido a un pollo.

—No me sorprende. Esos siempre tienen éxito. Miren a Michael, que ya ha tenido tres enamoradas y ni siquiera estudia —dijo Sebastián, furioso, el puño cerrado.

—El Cachetón tiene razón. Siempre andan presumiendo sus conquistas y se burlan de nosotros por no ir al Carmelita. Y no es que no queramos, solo que Sebastián se va en su movilidad y Cabeza de Rata siempre se mariconea.

—¡Por la puta madre! —exclamó Sebastián—. A este paso vamos a ser los únicos huevones sin pareja de promoción el próximo año.

—Tranquilo, Cachetes —le dijo Rodrigo—. Hoy hay serenata por el aniversario del colegio. Tal vez las flaquitas del Carmelita vengan. ¿Y si aprovechamos para buscar a una que esté solita?

—¡Bien ahí, Cabeza de Rata! Ya es hora de que te hagas una.

—No perdemos nada intentando —se animó Sebastián—. Me caen a eso de las ocho. Voy a pedir permiso.

—Ya pe. Yo le caigo al Plumífero y juntos caemos a tu jato.

El resto del día siguió su rumbo ya acostumbrado. Pero al llegar a casa, Sebastián, decidido a obtener el permiso ansiado para ir a la serenata del colegio, se comportó más hacendoso de lo habitual: hizo sus tareas a tiempo, lavó los platos sin que se lo pidieran y, a las seis y cuarenta y cinco de la tarde, habiendo culminado todos sus deberes, se armó de valor para hablar con su madre.

—¡Ma! —exclamó Sebastián mientras se acercaba a la habitación en la que estaban sus padres—. Ya acabé todas mis tareas.

—Algo quieres, muchacho, ¿verdad? —adivinó su madre, observando de reojo a su esposo, quien dibujaba una pequeña sonrisa en su rostro.

Sin encontrar las palabras correctas para formular la pregunta, su primer impulso fue negarlo. Sin embargo, bastaron solo unos segundos para que tomara el valor de preguntar si podía ir a la serenata del colegio, acompañado de sus amigos Rodrigo y Cristian. Antes de que su madre soltara una respuesta, invadió el comedor un completo silencio que abrió el paso a la voz de Camilo Sesto, quien cantaba *Perdóname* desde el viejo radio Akita a pilas que, puntualísima, su madre encendía a las seis de la tarde.

—No, Sebastián —dijo por fin su madre—. No me parece que salgas a la calle tan tarde. Esas fiestas duran hasta la medianoche.

—Pero, mamá —empezó la súplica Sebastián—. Yo no te pido permiso así nomás, porfa, ¿ya?

Sabiendo que tarde o temprano terminaría aceptando el ruego de su hijo, y para salir de aquella situación, la madre de Sebastián utilizó aquel recurso que suelen utilizar todas las dueñas de casa: «Pregúntale a tu papá». Sebastián vio entonces todas sus preocupaciones resueltas. Su padre no le negaría el permiso. A las ocho ya estaba listo y salió de casa cuando escuchó el silbido característico que tenía ese trío de amigos, el chivito. Cruzó la puerta, no sin antes avisar a sus padres que volvería temprano. «No demores mucho, que te vaya bien», respondió su madre.

Durante el trayecto, el trío entusiasmado de amigos proponía estrategias para abordar alguna belleza del Carmelita. Sebastián se ofreció como voluntario para ser el primero en intentarlo. El problema, sin embargo, era que ninguno de ellos había entablado antes conversación con una fémina, por lo que todas sus situaciones imaginarias iniciaban con una carmelina separada de toda la fiesta a la que iban y terminaba con uno de ellos chapando detrás de una caseta.

Estaban elaborando las situaciones más inverosímiles para crear estrategias de abordaje cuando, de pronto, una exclamación de Rodrigo los interrumpió.

—¡Mierda! Acabo de recordar que mi hermano me mandó a recoger una vaina para hoy.

—Vas mañana —dijo, sin más, Sebastián. No estaba dispuesto a perder tiempo valioso para su empresa.

—No, huevón. Tiene que ser hoy. Mi hermano se va temprano. No demoramos; pasamos, recogemos la huevada esa y vamos a la serenata.

Luego de unos minutos de discrepancia, el trío de amigos emprendió otro viaje, no sin antes hacer una llamada en un teléfono público. Jazmín era el nombre de la causante del desvío. Sebastián odió ese nombre por breves momentos, el tiempo que transcurrió desde que cambiaron de rumbo hasta que la conoció.

Llegaron a su destino treinta minutos antes de las diez. A lo lejos se escuchaba la música que marcaba el inicio del evento. La fachada de la casa estaba pintada de blanco, el segundo piso se había construido sin tarrajear y de él sobresalían pedazos de fierros, lo que hacía suponer una futura construcción.

—Cholo, toca el timbre de una vez. Ya empezó la serenata —dijo Sebastián. Deseaba recoger el condenado paquete y largarse al evento que, para su suerte, estaba a una cuadra.

Obedeciendo la orden, Rodrigo se acercó a la puerta y tocó el timbre una, dos veces. La persona que abrió la puerta era una joven muy guapa, no tan alta, de pelo largo y negro, con ojos rasgados. Vestía un *jean* azul y una blusa con diferentes tonalidades de verde que semejaban un uniforme militar. Aparentaba la misma edad que los amigos.

—¿Sí? —preguntó aquella figurita que había dejado sin palabras al grupo—. ¿A quién buscan? —los regresó a la realidad.

—Hola. Buscamos a Jazmín. Soy hermano de Enzo. Me ha pedido que venga por un paquete de pinturas. Mañana se va de viaje y los necesita, dice.

—¡Ah! Sí, Enzo me dijo algo en la tarde cuando me llamó. Yo soy Jazmín, mucho gusto —le estiró la mano derecha a Rodrigo, a modo de presentación.

Viendo el rostro de confusión del grupo de amigos, quienes no se explicaban cómo una chica de su edad podía ser amiga de Enzo, ocho años mayor, Jazmín les contó que lo había conocido en una exposición de arte de la ciudad y que se habían vuelto muy amigos luego de que Enzo se ofreciera a prestarle sus pinturas para que terminara uno de sus dibujos.

Sin que se dieran cuenta, el grupo se envolvió en una amena conversación que ocasionó la pérdida del sentido del tiempo, en especial para uno de ellos, que solo podía centrar su atención en aquella figurita delgada de ojitos rasgados: Sebastián. Desde que la vio abrir la puerta sintió una descarga eléctrica en su pecho, una sensación que nunca había experimentado.

Cuando dieron las once de la noche, Rodrigo y Cristian parecían estorbar a Sebastián y a Jazmín, quienes habían congeniado tanto que parecían conocerse desde tiempo atrás. Jazmín estudiaba en Las Capulinas, el segundo colegio

femenino de Sullana, nada comparado con el Carmelita y, por tanto, ignorado por los del Rosa de Santa María. Pero a Sebastián nada le importaban las tradiciones escolares, su atención recaía en Jazmín y en seguir conversando con ella.

—China —interrumpió su conversación una pequeña niña que salió de la casa—. Mamá dice que entres a la casa, ya es muy tarde.

—¡Wao! —exclamó Jazmín—. Sí, ya es muy tarde, chicos. Me ha gustado mucho conocerlos. Vayan, vayan; tal vez les alcanza el tiempo y ven los fuegos artificiales.

—Espera —la detuvo Sebastián antes de que cruzara la puerta—. ¿No te gustaría venir con nosotros a ver cómo revientan el castillo?

—La verdad no me gustan mucho esas cosas. Igual puedo verlo desde el segundo piso. Pero, si quieren, podemos salir el domingo a dar una vuelta al parque.

—Perfecto —respondió Sebastián mientras pensaba en una excusa para salir el domingo.

—Quedamos, chicos. Ya me voy porque si no mi mamá va a gritar y no quiero asustarlos, já, já. *Bye, bye*, cuídense mucho.

Once y cuarenta y cinco, el trío de amigos partió rumbo a la serenata. Rodrigo y Cristian quedaron estupefactos al ver tantas carmelinas solas, pero eso no parecía importarle a Sebastián, quien solo tenía cabeza para Jazmín, la China. No les prestó atención a los fuegos artificiales ni a nada, solo deseaba que pasaran los días y llegara el domingo.

Las mañanas hasta tan anhelado día fueron diferentes: se despertaba antes de que el despertador sonara, ya no miraba su reflejo en el espejo ni repetía aquel ritual que le auguraba una invitación al Carmelita. Estaba seguro de que, a partir de ese día, todos sus problemas se habían acabado.

El domingo no fue tan inolvidable como la noche en que la conoció: la mamá de Jazmín, que regresaba de la misa, solo la dejó estar fuera diez minutos. Ese breve lapso, sin embargo, dio inicio a una gran amistad entre el Cachetón y la China. La complicidad que Sebastián sentía cada vez que conversaba con Jazmín lo enamoraba cada vez más. Se hicieron constantes las visitas a la casa de Jazmín —que podían durar minutos u horas— después de pelotear o poniendo excusas como «pasaba por aquí» y «¿me puedes invitar un vaso de agua?, tu casa estaba cerca y por eso vine». Jazmín recibía muy contenta a su nuevo amigo, quien le parecía muy gracioso.

La amistad iba por buen camino, el lazo se estrechaba cada día más. Sebastián, que apenas se había iniciado en el mundo de las mujeres, malinterpretó cada sonrisa, cada mirada, cada palabra dulce que soltaba Jazmín y se enamoró perdidamente de ella. La desilusión, sin embargo, llegó una tarde de un jueves 3 de febrero, día en que decidió declararle su amor a la chica que lo volvía loco. Culpaba de todo a las novelas que, por su madre, veía todos los días y habían animado a Sebastián a confesar su amor de las formas más irreverentes posibles: arrodillándose con la mano en el corazón, con un enorme ramo de flores o con un poema que le recitaría al oído. Llamó a su amigo Cristian para contarle su



plan y pedirle que lo acompañara; este aceptó y a las cuatro de la tarde se dirigieron a la casa de Jazmín, luego de un partido en el colegio. Cristian iría con él, pero los dejaría solos poniendo como excusa que compraría un helado, tiempo suficiente para que Sebastián se declarara.

El plan, por desgracia, no siguió el curso deseado. Cuando llegaron a casa de Jazmín quien les abrió la puerta fue Marion, su prima, que solía llegar a Sullana durante las vacaciones. La China acababa de salir con su mamá a comprar en el mercado. Sebastián tomó la situación como una señal clara de que no era el momento para confesarse y le dijo a su amigo que la misión se abortaba. Pero se llevó una gran sorpresa cuando Cristian le confesó que días antes le había contado todo el plan a Marion y que ella los ayudaría.

—La cagaste, huevón. Esta flaca es bien escandalosa —dijo Sebastián, que en el poco tiempo que la conocía tenía la peor imagen de la prima de su amada.

Cristian no le tomó importancia a lo que decía su amigo y lo retuvo hasta el regreso de Jazmín. El temor de Sebastián se hizo realidad cuando, al ver llegar a la figurita delgada con ojos rasgados, Marion gritó a viva voz:

—¡Prima, prima! ¡Ven, que Sebas quiere decirte algo!

Avergonzado, Sebastián no sabía dónde esconderse. Marion se acercaba con Jazmín del brazo.

—Vamos, Sebas, dile a mi prima lo que me dijiste que le dirías.

—No pasa nada. No hagas roche —respondió Sebastián, avergonzado y mirando a otro lado—. No es nada importante, ¿verdad, Cristian?

—Dile, Sebastián —respondió quien pasó de ser su mejor amigo al más grande traidor de la historia.

—No lo molesten. Si no quiere hablar, no lo obliguen —los interrumpió Jazmín, quien miraba fijamente a Sebastián.

—¡Poco hombre! —gritó Marion—. Nunca me imaginé que Sebas sería un poco hombre.

Esas palabras golpearon con fuerza a Sebastián e hirieron su orgullo. Sin pensar bien en qué estaba a punto de decir, decidió que se declararía. Estaba seguro de que la China también le correspondía.

—¿Quieres que lo diga? Bien —dijo Sebastián mientras se arrodillaba con los brazos extendidos hacia su amada—. Jazmín, ¿quieres ser mi novia?

Silencio fue lo que reinó por un par de minutos. Aun arrodillado, Sebastián no sabía que hacer: la vergüenza lo invadió e inmovilizó.

—¡Qué loco! Sebas, ya quieres casarte con mi prima —interrumpió el silencio, entre risas, Marion—. Respóndele primita, respóndele.

—Claro que no —respondió Jazmín, que contenía la risa que le ocasionaba ver en tal posición a Sebastián, quien estaba destruido, ahogado en sus pensamientos, reprochándose el haberse dejado influenciar por la presión social.

Del bochornoso suceso no se habló después. El grupo fue al parque más cercano y se sentaron a conversar. Durante esos quince minutos Sebastián contrajo la vergüenza y, al despedirse, evitó que Cristian se ofreciera a acompañarlo, anunciando que tenía que ir a casa de una tía.

Muchas cosas cambiaron desde aquella tarde. La relación entre Sebastián y Jazmín se deterioró, las visitas prolongadas se redujeron de varias horas a solo diez o quince minutos. Cada vez que Sebastián iba a casa de la China, ella estaba ocupada, debía salir o tenía visita. La situación se mantuvo así hasta que el número de visitas se redujo a cero.

Ahora, veinte años o más después de aquella tarde, los que antes eran buenos amigos ya no se conocen y cada vez que se cruzan por la calle —cuando Sebastián regresa a Sullana durante sus vacaciones— se miran como dos extraños. Jazmín, hoy casada y con un hijo, vive lejos de Sullana. Sebastián, por su parte, con treinta y tantos años, yace parado, con una lata de cerveza en su mano derecha, en el balcón de su casa en Lima mirando a la gente pasar, recordando aquel momento y riéndose de la que, en su momento, fue la más horrible experiencia, pero a la vez la mejor etapa de su vida.

—Gordo, ya baja, que la comida está lista —se escucha una voz debajo de la escalera que da al balcón.

—Gracias, amor, ya bajo —responde Sebastián. Da un último trago a su cerveza y baja por la escalera. La mujer con la que decidió pasar el resto de su vida lo espera sentada en la mesa del comedor.





Creada con la asistencia de la IA Modelo ChatGPT (OpenAI, 2026).

RENZO ANTONIO SEMINARIO-CÓRDOVA. Doctor en Medio Ambiente y Desarrollo Sostenible (Universidad Nacional Federico Villarreal, Perú), Magíster en Biodiversidad, Paisaje y Gestión Sostenible (Universidad de Navarra, España) y Biólogo (Universidad Nacional de Piura, Perú). Sus intereses académicos abarcan la investigación científica, metodología de la investigación, redacción y publicación científica, comunicación y divulgación del conocimiento científico. Ha publicado "Latin America towards Sustainability through Renewable Energies: A Systematic Review" (*Energies*, 16(21)); "Renewable Energy Sources and Energy Production: A Bibliometric Analysis of the Last Five Years" (*Sustainability*, 15(13)), junto con Raúl Rojas Ortega; y "Neuroeducación: Impacto en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Una revisión sistemática" (*European Public & Social Innovation Review*).

Cómo citar este artículo:

Seminario Córdova, R. A. (2026). El Cachetón y la China. *La Colmena*, (131), 133-140.